

JACOBO RAUSKIN

Luz de una tarde lejana

Por gusto de ver el cielo,
pintaba yo un día el campo
con bueyes, con lentas gentes,
con duros caballos flacos.

Después, al volver al pueblo
cuando el sol, ya bien entrado,
sobre un árbol del camino
se demoraba algún rato,

pude rozar el silencio
del paisaje con la mano:
eran las flores entonces
las de una falda en verano.

Pintar, pintar de memoria
a la joven de esos años.
Pintarla, porque hoy la tarde
deja su luz a un retrato.

Pintar así un sentimiento
no extinguido, traer algo
ahora de aquella vida
dejando lo oscuro en claro.

Elegante profesional

Muy joven, la modelo se ha convertido en página,
en impecable fotografía sin palabras.
Insiste en un perfecto nicho de la nada.
Sólo quiere un respiro para seguir posando,
inexpresiva, impersonal ante los fotógrafos.

Silos

O camisas a cuadros o tractores.
Tan falsa disyuntiva me recuerda
que la pintura puede ser pobre
y también multinacional.
Pero ahora no pinto, pienso
en el comercio que por aquí florece.
Pienso en nosotros, aún vivos de milagro,
porque vivir es un milagro en cualquier caso
y con mayor razón en este territorio
sojero y agrotóxico, no apático, patético.

Eros y Psique

En la década del treinta,
el doctor Freud, Segismundo,
desterrado en Inglaterra,
desarrolló un morbo oscuro,
para no decir dichoso,
por María, no de Habsburgo,
pero sí, sí Bonaparte.
Y la princesa (no dudo
de que así hubiera ocurrido)
correspondió a Segismundo.
Ambos cerraron sus vidas
a los curiosos y al vulgo.

Aquel andén

Entonces, a la gente la reunía
aquel andén en pleno campo
y el vapor de la locomotora era un poco de niebla.
Quedan fotografías, telegramas, cuadernos.
Queda un rayo de sol en los sombreros.
Queda una damajuana con un embudo.
Queda un par de zapatos nuevos y trompudos
que su descalzo dueño lleva en la mano
por temor a llevarlos puestos.
Pero ya nadie espera

a la vera del tren.
Quien esperó al amor de toda su vida,
no esperó sino un día.
Quien espero dinero, lo recibió.
Quien esperó el don de escribir un poema,
fue a recibirlo y tuvo vergüenza.
Quien esperó a los insurrectos,
vio al tren pasar de largo.
Unos vieron en el cielo señales de cambio
y otros vieron nacimientos, muertes.
Y una tarde, cuando mi madre era una niña,
mi abuelo se moría y lo acostaron en una
zorra del tren:
llegó a tiempo para que le cerraran los ojos.
Aquel andén, cien años atrás.
Aquel andén
en el que un cántaro de agua
era una atenta muestra
de gentileza ferroviaria.
Ofrecía el sabor arcádico de la sed
cuando alguien a sí mismo se veía
mirando al cielo desde el agua.